

## **JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ MÉNDEZ: UN PÁJARO SOLITARIO EN CASTILLA**

En el panorama literario español, más concretamente en el campo del teatro, José María Rodríguez Méndez supone un caso singular y diferenciador respecto a sus compañeros de generación, teniendo en cuenta la actividad teatral que en España estaba brotando en esos años de la Dictadura en los que el autor desarrolló gran parte de sus propuestas.

La censura produjo la imposibilidad de que los teatros comerciales pudiesen estrenar las obras que se estaban escribiendo en esos momentos. Se perseguía todo lo que supusiese una crítica abierta o velada a los principios esenciales de esa etapa histórica: el régimen, los valores religiosos, la moral estricta que la religiosidad católica había impuesto con su fusión con las ideas políticas. Todo lo que tuviese un mínimo destello de la etapa republicana o de los planteamientos que la izquierda defendía.

La censura estaba vigilante de cualquier desvío de sus ideales, y controlaba la literatura, el arte, el cine y el teatro especialmente. Nada escapaba de su lápiz rojo, si bien se recurría a todas las artimañas que pudieran despistar a los censores.

El teatro se refugiaba en los pequeños grupos que intentaban poder ver en el escenario sus textos, y en el teatro universitario, ambos territorios de mayor capacidad de huir de los rigores de la cerrazón del régimen.

José María Rodríguez Méndez, después de su etapa de militar de complemento, buscará en Barcelona los aires nuevos que estaba deseando respirar. Allí se relacionará con los grupos más experimentales, con los escritores del momento, con algunos de los que más tarde ocuparán un lugar especial en la cultura española. Entabla amistad con José Corredor Matheos, poeta y crítico teatral, con Carlos Edmundo de Ory, creador del postismo junto con Chicharro, extraordinario poeta (hijo del pintor afincado en Ávila), y todos los jóvenes que estaban impulsando un nuevo teatro en la ciudad condal.

José María Rodríguez Méndez llegó a El Barco de Ávila buscando un lugar donde poder volver a escuchar la lengua castellana en toda su pureza, lo que no había podido hacer en Barcelona durante todos los años que vivió en esa ciudad, inmerso en su mundo cultural y teatral.

Se instaló en una casa cerca del Tormes, junto a su hermano Juan (una de las personas con más cultura que yo he conocido), enfermo ya, con quien

tenía José María una emotiva y cercana relación, fruto de su bondad y de su inteligencia.

Más tarde, compró un apartamento en Ávila, a donde se trasladaron los dos hermanos y donde vivieron hasta su partida definitiva a Madrid, el año 1984.

En este periodo de tiempo, desde su llegada hasta el momento en el que compran una casa en la calle Huertas de Madrid, retomando, de alguna manera, la vida literaria en la capital de España, se produjeron en el escritor algunos hechos teatrales que, años más tarde, culminaron con el estreno en Ávila de su obra *Última batalla en El Pardo*, ya en el último tramo de su vida, siendo alcalde de la ciudad Agustín Díaz de Mera, impulsor de esta aventura teatral.

Rodríguez Méndez perteneció a la Generación del 50, un grupo de autores teatrales que escribieron durante la dictadura de Franco, observados y perseguidos por la dura censura que impedía que sus obras fueran estrenadas en salas comerciales, o que necesitasen hacer lo imposible para que, despistados los censores, sus creaciones pudiesen quedar lejos de los censores que tachaban y depuraban sus textos.

El autor de referencia, maestro indiscutible de la generación, fue Antonio Buero Vallejo, guía estético y ético. El autor de *Historia de una escalera* mantuvo una relación fructífera con el escritor, animándole a buscar caminos inteligentes, de escribir un teatro capaz de huir de la mirada corta que era la causante de las interminables luchas con los censores, de supervivencia teatral en ese desierto de compromiso social.

Compañeros generacionales fueron Carlos Muñoz (autor de *El tintero*), Lauro Olmo (autor de *La Camisa*), Alfonso Sastre (autor de *Escuadrón hacia la muerte*), José Martín Recuerda (autor de *Las arrecogías del beaterio de santa María Egipcíaca*), y algunos críticos incluían a Antonio Gala dentro de esa nómina, sobre todo en sus primeros estrenos comerciales, si bien se aleja de las premisas que la generación propone.

Su obra, la de toda la generación, se distinguió por mantener una postura crítica contra el régimen en el que estaban viviendo y escribiendo, por una mirada realista y comprometida y por una postura inconformista con todo lo que les rodeaba.

Rodríguez Méndez estrenó muy pocas obras en este periodo de tiempo, en la dictadura: *Los inocentes de la Moncloa* fue su obra más reconocida, premiada y representada en esta etapa.

Yo conocí y traté profundamente al escritor, ya en Ávila, si bien pude también vivir de cerca el montaje que en El Barco de Ávila realizó, con actores de la localidad, de una de sus obras más importantes: *Historia de unos cuantos*.

Algún tiempo antes, poco después de su llegada, había seleccionado y montado, también con personas del lugar, los textos que formaron parte de la obra: *Castilla, pequeño rincón. Espectáculo lírico popular*, y que llegó a

representarse, comercialmente, en Palma de Mallorca y en Madrid. Se trataba de un conjunto de textos de autores españoles, acompañados de música de gaitilla y tamboril (actividad que Agustín González realizaba de forma magistral), con una puesta muy original en escena a cargo del escritor. Era un modo singular de reivindicar el verdadero sentido de la poesía y su lenguaje diferenciador y esencial.

«El grupo de Teatro Barcense de Castilla la Vieja» (como se puede leer en la publicidad de los conciertos), estaba dirigido por Francisco Galán Álvarez y Fidencio Prieto Jiménez. Yo no tuve ocasión de ver ninguna representación, tan solo lo conocí de oídas, algún tiempo después. Pero sé a ciencia cierta que tuvo un inmenso éxito y supuso el comienzo de su labor en la localidad abulense como animador e impulsor de la actividad teatral.

José María Rodríguez Méndez consiguió que El Barco de Ávila sintiese una inmensa afición al teatro (que continúa en la actualidad) y que fuera partícipe de ese veneno tan beneficioso que supone el trabajo en la escena.

Ya en Ávila, todas las tardes, acudía a la tertulia que tenía Rodríguez Méndez en su rincón de la cafetería del hotel Valderrábanos en la que, con su hermano Juan, manteníamos animadas charlas y donde transcurrieron algunos de los acontecimientos teatrales que alegraron su vida retirada de entonces.

En Ávila se representó su obra *Teresa de Ávila*, un texto que reunía diferentes estampas de la Santa desde las propias palabras de sus libros. Se realizó durante el IV Centenario de su muerte en 1982, y fue la actriz María Paz Ballesteros quien asumió el protagonismo de Teresa de Jesús. Se representó en el Real Monasterio de Santo Tomás. Después, la obra viajaría por numerosas universidades y centros culturales de muchos países, acercando al público la palabra de Teresa de Jesús desde su voz creadora.

Uno de los textos que a mí más me impresionó, cuando lo leí en la primera lectura aún en manuscrito, fue *El pájaro solitario*. La obra teatral que transcurre en el momento crucial del encarcelamiento en Toledo, su desgarrador sufrimiento, su vida interior de poeta y su dolorosa experiencia en la celda-cárcel donde casi pierde la vida por no renegar de sus principios religiosos y espirituales frente a los calzados, y la posterior huida de san Juan de la Cruz.

En el año 1991, fecha de la celebración del centenario de san Juan de la Cruz, consideramos que era preciso publicar el texto de Rodríguez Méndez para que lo pudieran leer todos los interesados.

José María Rodríguez Méndez me sugirió, cuando se la pedí para la publicación, que hiciera una introducción literaria. El libro tuvo la inmensa fortuna de conseguir, al año siguiente, el Premio Nacional de Literatura Dramática. Era un merecidísimo galardón a una obra tan importante, y el reconocimiento a una mirada teatral de enorme profundidad sobre el santo-poeta fontivero, la teatralización de un personaje y un significado tan singulares, una obra maestra de emoción y de grandeza teatral.

Desde Ávila se gestionó el estreno, primero en Valencia y después en el Teatro Español de Madrid, de la más famosa de sus obras: *Flor de otoño*, y desde Ávila pudo el escritor intervenir definitivamente en la puesta en escena de su obra maestra.

Era el otoño de 1982, y singularmente era la primera representación que se realizaba con el nuevo gobierno, presidido por Felipe González, justamente el día 14 de diciembre de ese año, estreno al que acudió todo el mundillo teatral del momento y parte del gobierno recién iniciado.

El Barco de Ávila guarda todo su archivo literario. En su cementerio reposan sus cenizas, y la biblioteca de la localidad lleva su nombre. Su presencia y su memoria quedan, permanentemente, unidas a este lugar tan apreciado para él que, junto con la ciudad de Ávila, fueron importantes etapas y espacios donde escribió y se sintió respetado y querido, ciudadano que paseaba las calles de El Barco de Ávila y Ávila capital.

El pájaro solitario que José María Rodríguez Méndez ha sido durante toda su vida como observador del mundo y de la realidad española, como escritor y dueño de una mirada y una percepción de lo que después quedaba reflejado en su labor literaria, pudo volar hasta las alturas de la creación y la belleza contenida en sus personajes y en sus textos, espejo de su enorme singularidad que ocupa un destacado e importante lugar en la literatura teatral española.

También en Ávila estreno el monólogo *Castellana, ofrécese*, de la mano de la actriz abulense María Ángeles Jiménez Soria, un texto de una gran sencillez colmada de profundidad, rotunda ironía, humor, crítica y dramatismo, todo unido en una visión personalísima de la realidad y de la singularidad de un personaje entrañable.

Nuestro escritor no solo fue un enorme autor teatral, sino que cultivó todos los géneros: el cuento, el artículo literario, la crítica teatral, la novela (ganador del premio Tigre Juan), el ensayo, desde donde lanzó a los lectores las preguntas y las ideas más comprometidas, y la poesía, tal vez el género que, junto al teatro, más le interesaba.

Cuando su amigo y escritor, extraordinario poeta y crítico de arte, José Corredor Matheos, hace pocas semanas me confió, con enorme emoción, todos los documentos y papeles que él tenía, dados y regalados por José María Rodríguez Méndez, entre todos los originales, pude encontrarme con un libro inédito de poemas del dramaturgo.

Tal vez esta sea una ocasión, con motivo de su centenario, de mostrar algunos poemas.

Reproduzco tres textos poéticos. El primero no pertenece al libro, fue escrito con antelación y queda exento de corpus del poemario.

Los dos siguientes se incluyen en el manuscrito inédito titulado «Vencido»:

TERESA

(A José Corredor Matheos)

Aquí viniste a verme,  
madre,  
aquí bajo esta luz  
leí tus letras,  
y te hiciste presencia  
y me ganaste para siempre.

Antes habías rozado mi oído con tu pluma  
castellana y secreta.  
Antes, entre mi sangre,  
conspiraste despacio,  
para que me marchara hasta tus horizontes,  
hasta tus lomas quietas de Castilla dorada.

Aquí fue. El año, misterioso  
en que el destino me hizo  
enrolarme al ejército.  
Era tiempo de marcha también aquella primavera.

Durante varios años estuviste volando  
por mis alrededores. Y sentía tu aire,  
el aire de tu falda, al oreo tranquilo  
de tu eterna y bellísima  
jota azul de Castilla.

Ahora otra vez me marchó,  
madre,  
otra vez me preparo  
para andar por las tierras  
y por las grises zonas  
que tanto me horrorizan.

Te pido que no dejes  
mi mano, que me lleves  
despacio hacia tu sombra,  
que le digas a Dios,  
«si por ventura viéredes...»

(Argüelles, primavera de 1959)

La espiritualidad de Rodríguez Méndez estuvo siempre muy próxima a los grandes místicos abulenses, como queda constancia sincera y poética en este texto-oración que al escritor le gustaba especialmente. De su influencia literaria y espiritual salieron sus obras *Teresa de Jesús (Oratorio)* y *El pájaro*

*solitario*. También de tema abulense escribió *Isabelita tiene ángel*, texto prácticamente inédito sobre Isabel la Católica.

El libro de poemas «Vencido» es un manuscrito de poemas extensos que regaló a su amigo, como se dijo anteriormente, José Corredor Matheos. Está fechado en Barcelona en el año 1966, por consiguiente, son poemas posteriores a «Teresa» que pertenece a 1959.

En esta década de los sesenta, la poesía española está pasando por un momento de inspiración social, con la presencia fundamental de José Hierro y Blas de Otero.

El libro «Vencido» no está plenamente centrado en esta estética, si bien podemos encontrar ecos e influencias de ellos y de León Felipe, exiliado en México, poeta de voz rotunda y de raíces hispanas que con su *Antología rota* influyó de forma determinante en toda una generación.

### CANCIÓN

Despierta: que viene la alegría.  
Despierta: que suena la diana.  
Que vienen tus hermanos.  
Que tocan las campanas.

Ya se vienen los campos a tus ojos  
en verano de lucha que reclaman tus brazos.  
Y, milagro, aún se oyen canciones,  
y, milagro, todavía hay camino.

Vas a comer, hambriento,  
y vas a trabajar, obrero desahuciado.  
Las hocen nos esperan,  
el trigo está temblando.

El olvido se marcha con la última luna.  
El momento presente dice palabras claras.

Despierta en tu camastro. Arrímate a la puerta.  
Echa a andar. Es verano.

Poema de inspiración social, voz sonora y a la vez lírica, de un planteamiento que se dirige directamente al lector: invitación a la lucha y al compromiso.

Reproducimos otro de los poemas del libro, en esta ocasión con marcada influencia temática sanjuanista, si bien es un pretexto para seguir indagando en su búsqueda y en su situación preocupante en el momento en el que escribe el poema.

## BUSCANDO MIS AMORES

«Iré por esos montes y riberas,  
ni cogeré las flores, ni temeré las fieras...»

Pero sí temeré  
la fuerza que me lleva...  
Sujetaré mis pies en las raíces,  
las uñas en mi carne. Y con los dientes  
apretados daré al aire mis gritos.

“Basta, Señor”, de viento perfumado,  
de lunas entre ramas, y serenas  
madrugadas cubiertas de rocío.  
Basta de aves  
lisonjeras y tenues al crepúsculo,  
terminen las quimeras, los castillos;  
descienda a mi razón la oscura noche  
de las cosas sin nombre...

Estoy cansado; no me gustan las flores,  
ni las fieras me asustan,  
ni la mano las quiere, ni las riega...  
Y sin embargo,  
me tienes en la cruz de tu gran viento,  
molino de dolor y de sarcasmo,  
resistiendo los goces de tu espejo,  
rompiéndome los cuernos en tu engaño,  
para sorber la tierra en polvo  
de tus huesos.

He terminado ya. Ven a buscarme  
antes de que la lumbre que se inicia  
incendie mis vestigios, antes de que  
mi rostro se recline hacia otro lado  
por recoger otra simiente  
que llene el corazón de esa dulzura  
que no acabas de darme...

Una muestra más de la voz doliente e incisiva, preguntando a Dios (en un tono unamuniano) por su vivir y su sentir. Desde un lenguaje de san Juan de la Cruz llega a penetrar en los misterios del alma, en la inquietante necesidad de encontrar una respuesta a sus grandes preguntas.

El José María Rodríguez Méndez poeta está muy próximo al escritor indómito, siempre tenaz, inconformista y comprometido de su obra teatral. La poesía, ese género que alcanza a veces alturas de misterio y de inquietud, es la

palabra de un escritor siempre en permanente cuestionamiento de su vivir y de su ser, de su pasar por la existencia, de su sentido y de su preocupación más profundas.

José María Muñoz Quirós